

186

186

OTRAS CRÓNICAS EN  
"LA ÉPOCA"

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



86  
(87)

Martes 12 de Noviembre de 1895

## PINA DOMÍNGUEZ

Víctima de larga y muy penosa dolencia, que ya había puesto su vida en inminente riesgo varias veces, anoche falleció, en su hotel del barrio de la Prosperidad, el conocido y aplaudidísimo autor cómico D. Mariano Pina Domínguez.

No fué Pina un literato, en el sentido verdadero de esta palabra, pero sí era lo que llaman los franceses «un hombre de teatro», conocedor muy hábil y muy experto de los recursos que más efecto producen siempre en el mundo convencional de las tablas. Nunca pudo negársele este mérito, ni otro, muy digno de alabanza también, el de ser un trabajador infatigable. Así llegó á conquistar, en buena lid, una posición muy desahogada. Durante algún tiempo, sus *trimestres* han sido de los mayores que ha cobrado en España un autor cómico.

Compuso algunas producciones originales, pero la mayor parte de las que dió á la escena fueron arreglos del francés. Entre sus obras más aplaudidas figuran las tituladas *Los dominós blancos* y *El chiquitín de la casa*, en colaboración con Navarrete; *El pañuelo de hierbas*, *Las dos princesas*, zarzuela en tres actos, con Ramos Carrión, música de Caballero; *Ya somos tres*; *El milagro de la Virgen*, música de Chapí; *Vestirse de largo*, *La ducha*, *Niniche*, *La diva*, *Coro de señoras* (con Ramos Carrión y Vital Aza), *A casa con mi papá*, *Los bombones*, *Mi misma cara*, *El húsar*, *González y González*, *Matrimonio civil* y *Servicio obligatorio*.

La última obra que estrenó, y con la que obtuvo su último éxito, fué la zarzuela *Mujer y Reina*, con música de Chapí, que se representó por vez primera durante en el pasado mes de Enero en el teatro de la calle de Jovellanos.

Desde hace algún tiempo, su situación era tan grave que no permitía á los parientes y amigos del enfermo esperanza alguna de salvación. Exacerbósele una enfermedad que padecía en la garganta; fué sometido á la operación de la traqueotomía, y á partir de aquel momento, el pobre Pina ha vivido, durante varios meses, respirando por una cánula.

Su muerte será muy sentida en los círculos literarios de Madrid, donde contaba el finado con grandes simpatías.

El entierro se verificará mañana miércoles por la mañana. Como la casa mortuoria está muy lejos del centro de Madrid, el cortejo fúnebre se reunirá en el teatro del Príncipe Alfonso, á las once.

El féretro pasará por delante de los teatros de Apolo, de la Comedia y del Español, desde cuyos balcones se tributarán á la memoria de Pina Domínguez sentidas manifestaciones de duelo, y el cadáver recibirá después cristiana sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Lorenzo.

Reciban la señora viuda de Pina, su madre y demás familia, el testimonio de nuestro pésame.



Viernes 15 de Noviembre de 1895

## Veladas teatrales.

**Eslava.**—*Reprise de LA SERENATA, juguete lírico, en un acto, letra de D. José Estremera, música del maestro Chapí.*

Habían transcurrido tantos años desde que *La serenata* se estrenó en el Teatro de Apolo, sin que el público madrileño hubiera tenido ocasión para aplaudirla nuevamente, y son tan importantes las innovaciones que el ilustre maestro ha introducido en su hermosísima obra, que la *reprise* de la misma, verificada anoche con un éxito verdaderamente extraordinario, tuvo todo el interés y toda la significación de un segundo estreno.

Peña y Goñi, que posee la autoridad de que yo carezco, hablará muy pronto en estas mismas columnas de las múltiples y encantadoras bellezas de esta deliciosa *partitura*.

Dejando, pues, á mi querido compañero el juicio crítico de *La serenata* en cuanto se refiere al trabajo de Chapí, me limitaré por hoy á decir cuatro palabras acerca del libro, y á referir, como fiel cronista, el éxito de la *reprise*; tarea ésta muy fácil, puesto que sólo he de hablar de cosas muy agradables.

\* \*

*La serenata* se estrenó en el otoño de 1881, meses antes que *La tempestad*. Obedeció su nacimiento artístico á una generosa iniciativa en pro de la ópera nacional. Pasaron aquellas circunstancias y la ópera, ó juguete lírico (según llama ahora, modestamente, á su producción el maestro Chapí), ha aguardado mejor fortuna, durante catorce años, hasta su brillantísima reaparición en la noche de ayer.

El libro es de Estremera, y con decir esto queda ya dicho que es muy culto, y que está escrito en fáciles y primorosos versos. El argumento, basado en el de una obra de Scribe, entretiene desde el primer instante, y gusta además, especialmente, por su marcado carácter español, apuntado en la obra original por el famoso autor francés, y fijado, á las mil maravillas, en el libro de *La serenata* por el distinguido autor de *Música clásica* y *La Czarina*.

El maestro Chapí, que dirigía la orquesta, debió quedar satisfecho anoche de las ovaciones que el público le tributó, tan espontáneamente, con tanta satisfacción y con tanta justicia, entusiasmado por aquella música, bellísima siempre; muestra preciosa de una genial inspiración, unida á un arte exquisito; suma admirable de encantos y primores que si deleitan ó conmueven el ánimo en una primera audición, por la claridad y brillantez de las ideas melódicas y por su forma hermosísima, aun pueden ser más apreciados—saboreados, si se me permite la palabra—en audiciones sucesivas.

Todos los números de la *partitura* fueron aplaudidísimos. El coro de introducción, el famoso *zortzico*, el dúo de tiple, el terceto entre Rita, Ventura y Camacho, y el cuarteto final, valieron á su autor muchos *bravos!* y ruidosas palmadas; pero cuando el éxito, grande siempre, alcanzó proporciones de triunfo inolvidable, fué al concluir los tres números de la obra que *llegan* con efecto más poderoso al público en general: la serenata, el vals de la tiple y el brindis. Los tres se repitieron, á petición unánime del auditorio, y los tres proporcionaron al maestro insigne sendas ovaciones.

No fué menos prolongada, ni menos ruidosa, la que Chapí escuchó al terminar la obra. Salió á escena entonces muchas veces.

La Srta. Miralles, que posee una voz tan fresca y bien timbrada, y que sabe cantar de un modo tan notable; la Srta. Elena Rodríguez, que es, sin duda, una tiple excelente; el Sr. Soler, tan inteligente y distinguido artista como hábil y experto director de escena, y el aplaudidísimo barítono Sr. Ripoll, interpretaron sus respectivos papeles con sumo acierto. La orquesta y el coro contribuyeron también al éxito, en gran manera.

Fué, en suma, el de anoche un acontecimiento musical, verdaderamente hermoso, y que ha de imprimir carácter á la actual campaña artística del Teatro Eslava.

No es posible, sin duda alguna, estrenar, ó resucitar, con frecuencia obras como *La serenata*; pero la *reprise* de este *juguete lírico* revela, seguramente, una feliz iniciativa, y un buen deseo digno de sinceras é incondicionales alabanzas.



El distinguidísimo autor de *La levita* y *Las circunstancias*; se encuentra en Madrid, como anunciamos oportunamente, desde hace tres ó cuatro días, y ayer tuvimos el gusto de hablar con él extensamente.

Enrique Gaspar es siempre el mismo: como hombre la bondad en persona, discretísimo y afable, exquisito en el trato y ameno en la conversación; como autor dramático, un luchador infatigable, que cada día siente mayor entusiasmo por el difícil arte á que se ha dedicado, se dedica, y se dedicará mientras viva, con tanto éxito.

Según es en él antigua costumbre, cuando no se lo ha impedido la necesidad de emprender un largo viaje para venir á este corte, Enrique Gaspar vuelve ahora á Madrid, dando de mano, temporalmente, á sus tareas consulares, para asistir á los estrenos de sus últimas obras.

La más importante, entre todas las que hoy tiene terminadas ó en cartera, es la titulada *La eterna cuestión*, que está ensayándose desde hace días en el Teatro de la Comedia.

Trata en ella, como lo indica el título, un problema eterno y que ha servido ya de base á un gran número de obras dramáticas: la cuestión del adulterio.

Muchas són—dice Gaspar— las producciones, de todo género, españolas y extranjeras, en las que han abordado sus autores este asunto; pero apenas conozco una sola de la que se deduzca una verdadera finalidad. Pensando en esto, y fijándome principalmente en la *Julie*, de Octave Feuillet, y en *Henriette Maréchal*, de Goncourt, concebí la idea primitiva de *La eterna cuestión*. Y después he escrito mi obra procurando que encuentre en ella el público una finalidad verdadera.

Hasta ahora me he dedicado á fustigar; mi labor en el teatro ha sido, ante todo y sobre todo, un trabajo de crítica y de sátira. Ahora intento aventurarme por un nuevo camino, buscando á cada team la solución que más se acomode con mi manera de sentir y con mi modo de pensar.

—Y ¿por qué llama usted *esbozo* dramático, sencillamente, á *La eterna cuestión*?

—Por las proporciones de la obra. Esta es aún más breve que *Huelga de hijos*.

—¿Está usted satisfecho de los ensayos?

—Satisfechísimo. La Tubau interpretará el tipo de la esposa infiel; la Srta. Martínez el de su hija; Thuillier el del amante, y Amato el del marido.

—¿Es verdad que en la misma noche, después de *La eterna cuestión*, se estrenará otra obra de usted?

—Sí, señor. *La rebaja del tío Paco*, pero ésta es una comedia sencillísima, que solamente puede ofrecer al público una novedad: la he escrito en verso, cosa que no hacía desde hace muchos años.

—Y ¿qué hay de las demás obras que han anunciado los periódicos?

—Diré á usted. *La interview* es una obra en un acto que se estrenará en la Comedia también, más adelante. Para la compañía de Lara tenía en proyecto un juguete original, pero me ha faltado tiempo; sólo he podido traer, con destino á aquel teatro, un arreglo, en dos actos, del francés, titulado *La cola de paja*. Ayer lo leí, y parece que ha gustado.

En cuanto á los libros de las zarzuelas *La tribu salvaje* y *La teoría de Darwin*, poco podré añadir que usted ya no sepa.

El de *La tribu* está en poder del maestro Fernández Caballero desde hace muchos meses. El segundo se lo envié á mi editor, Fiscowich, hace poco, para que se lo entregase al maestro Marqués; pero, según he sabido en estos días, el autor de *El anillo de hierro* acaba de heredar una importante fortuna, y deseoso, con razón, de poder descansar durante algún tiempo, no piensa, por ahora, en componer más música. Veremos, pues, lo que hacemos con este libro.

Y nada más nos dijo nuestro ilustre amigo. Parécenos, sin embargo, que en cuanto acabamos de referir encontrará el lector, con agrado, buen número de interesantes noticias.

88



## Veladas teatrales.

**Español.**—EL ESTIGMA, drama en tres actos y en prosa, original de D. José Echegaray.

No voy á contar, punto por punto, minuciosamente, el argumento de *El estigma*. Basta á mi propósito, con referirme á lo que es verdaderamente esencial en la nueva obra con que acaba de aumentar su extenso repertorio el más fecundo y el más insigne de los autores dramáticos que escriben actualmente en España.

Roberto Pedrosa es un hombre que ha conquistado, siendo joven todavía, una posición envidiable. Diputado á Cortes y abogado de nota, *leader* de un partido y persona rica, merced á su propio trabajo, el aura de la popularidad llega hasta él gratamente, avivando sus ensueños de felicidad, y la fortuna se rinde á su paso, para ofrecerle con largueza sus dones codiciados.

Su origen fué pobre y obscuro, tan obscuro y pobre como ha sido luego merecida y rápida su elevación. El que ha llegado á ser en el Parlamento una personalidad de verdadera importancia empezó á ganarse el sustento en Madrid desempeñando una plaza de mozo en un lavadero del Manzanares. Nada hay en tal historia que pueda ser obstáculo para sus ambiciones. La misma humildad de tan miserables comienzos digérase que aún realza más su figura, una vez que ésta se destaca en pleno triunfo, ante los ojos y ante la consideración de las gentes.

¿Cómo es posible, entonces, que se nuble, casi de improviso, un cielo que parecía tan despejado y puro? ¿Qué ha podido haber en la vida pasada de Roberto para que en pocos días se desvanezca tanta felicidad? Se halla casi en el apogeo de su fama y de su dicha: en vísperas de pronunciar un discurso que el país entero aguarda como la revelación de un nuevo dogma (un personaje lo dice), patrocinado por un nuevo partido, y la mujer, encantadora y digna de él por todos conceptos—bella, virtuosa y rica,—en la que ha puesto sus ojos y á la que ha entregado su corazón, corresponde á su afecto con la fidelidad y con el cariño de la jóven, buena y pura, que está verdaderamente enamorada.

Pero, no cabe duda. Roberto sufre las consecuencias de algo terrible que cayó sobre su existencia y sobre su limpio nombre como afrentosa mancha. No lo ha ocultado, y, sin embargo, nadie ha llegado á saberlo en Madrid. Nadie no. Lo sabe D. Jenaro, su vecino, su amigo entrañable, su protector, su segundo padre; pero en la conciencia de este hombre integérrimo el secreto horrible está guardado tan bien, y con cuidado tan grande, como en el alma del propio Roberto.

Pedrosa ha llegado á la vida pública, y ha triunfado en ella noblemente; sin cambiar de nombre, sin disfrazar su condición. De cuanto ha obtenido en el mundo de la política y del foro satisfecho se halla. Por este lado no apunta en su espíritu la sombra del más leve remordimiento. Pero, Roberto ama y es amado, y para Eugenia, que le quiere con toda su alma, para Eugenia, que es la virtud en persona, para Eugenia, que se dispone á ser suya ante Dios y ante los hombres, debe seguir ignorado el secreto de un delito que envilece la vida de su futuro esposo? Deberá confesárselo? Si él calla, y la boda se efectúa, y llega un día en que ella puede decirle: «¡Me engañaste!», ¿tendrá valor para soportar su desvío? «¡Pues díselo todo y díselo antes de la boda; mientras más pronto mejor; desde luego!» le responde al punto don Jenaro, y Roberto exclama: «Es que entonces mi sacrificio dejaría de serlo. Sacrificio proclamado, no es sacrificio ya.»

¡No! Roberto prefiere á todo la fuga, el abandono de su posición política, el sacrificio de su amor. Y se dispone á huir, sin que logren convencerle ni las súplicas de D. Jenaro ni las lágrimas de Eugenia. La intervención de un rival, Mauricio, enamorado de aquélla también, y que le exige, con tono imperativo, que desista de sus relaciones y que salga de Madrid, le obligan á cambiar de propósito rápidamente. Sería para él vergonzoso y depresivo aparecer en una situación desairada; como cediendo, sin resistir siquiera, al apremio de una orden impertinente. De este modo el conflicto sigue en pie, las circunstancias estrechan á Pedrosa en un círculo de hierro, y el drama sólo cambia de fase, para adquirir proporciones más amplias y caracteres más agudos.



Dirá el lector, y dirá bien si conoce hasta ahora el drama solamente por lo que he venido refiriendo, que mal puede apreciar las razones en que Roberto funda su proceder, ignorando, como ignora, el antecedente funesto que ha manchado la frente de Pedrosa con la marca del estigma.

Impresión muy semejante, si no igual, experimenta el público en análogas condiciones al terminar el acto primero del nuevo drama. No ha podido, es verdad, por falta de datos precisos, pues tampoco lo son las calumnias embozadas que algunos periódicos dirigen á Roberto, y de las que hablan varios personajes; no ha podido, decía, entender por completo lo que Roberto expone en abono de sus planes ni lo que D. Jenaro le contesta; pero el interés del espectador se mantiene más vivo y despierto por lo mismo, y esto es, sin duda, lo que el Sr. Echegaray ha procurado en primer término.

Sigamos ahora. Las relaciones de Eugenia y Roberto marchan á pedir de boca. Esto es lo que parece, al menos. La rivalidad entre Pedrosa y Mauricio ha entrado en un sereno paréntesis después de un período agudo, que terminó satisfactoriamente. La última victoria parlamentaria de Roberto va á ser espléndidamente celebrada: con un gran banquete en casa de D. Juan, el padre de Eugenia.

El drama, sin embargo, está latente, y va á estallar con violencia. Los periódicos que acusan á Roberto no cesan en su dura campaña; antes bien van afinando la puntería, y de sus terribles acusaciones se valen cuantos enemigos rodean á Pedrosa en el círculo de su vida íntima. Ya han dado aquéllos con la historia del delito. Ya «la han arrojado á los vientos de la publicidad». La madre de Roberto murió cuando éste aun era muy niño. El padre fué un hombre honrado á carta cabal, que ejercía el cargo de cajero en una casa de banca, establecida en Baleares. Un día Roberto violentó la caja y robó. Su padre no supo sobrevivir á tamaña deshonra, y se suicidó, disparándose un tiro de revólver. Roberto fué condenado y empezó á expiar su culpa, hasta que llegó un indulto á librarle del resto de la pena. Poco después comenzó la historia de su redención por el trabajo, en los lavaderos del Manzanares.

Nadie cree, ó por lo menos nadie aparenta creer, en semejante relación, si bien todo el mundo aguarda con ansiedad la respuesta de Roberto. Y en los instantes en que va á comenzar el banquete á que ya me he referido, y en el que van á reunirse todos los personajes principales del drama, circula por las calles de Madrid, y llega al salón de D. Juan (donde ya se encuentra Pedrosa), en manos de uno de aquéllos, un número del periódico acusador que publica una carta de Roberto, verdaderamente extraordinaria. Roberto reconoce la exactitud de la historia funesta, sin atenuación alguna, fiado principalmente en la reparación que ha procurado para su nombre con la conducta severa á que ajustó su vida desde que salió de presidio.

Fácil es comprender el efecto que semejante revelación, confirmada por las palabras del mismo Pedrosa, causa en los concurrentes al salón de D. Juan. Todos abandonan á Roberto; quién, con viva indignación, quién, con hipócrita desvío. Sólo D. Jenaro sale á su defensa. La misma Eugenia duda, antes de ir hacia él, obedeciendo á un generoso impulso de su alma. Roberto comprende su situación, y retirase, aceptando, «con resignación heroica», el papel de víctima.

Pasemos al tercer acto. Roberto se encuentra solo, sin más amigo que D. Jenaro. Sus clientes van reti-

rándole poco á poco la dirección de sus pleitos; los amigos que le buscaban y halagaban en los días felices, todos huyeron de su lado. Es natural. Algunos van volviendo: los que el autor ha presentado anteriormente para el desarrollo del drama. Unos llegan movidos por una malsana curiosidad; otros para exigir á Pedrosa nuevas abdicaciones; otro, Mauricio, deseoso de brindarse generosamente á Roberto y servirle de padrino en un duelo que Pedrosa ha provocado, y para el cual no encuentra amigos que le representen.

Este Mauricio—lo diré ahora por temor á que luego se me olvide—es un tipo sumamente simpático. Podrá equivocarse ó no, pero justo es reconocer que discurre y procede siempre con nobleza y con lógica inflexible, dentro de su carácter.

De nada se extraña ni por nada se desespera Pedrosa. Tan sólo echa de menos á Eugenia. Y cuando más la reclama su angustia, llega á su poder una carta



Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

rio tan excepcional también, y realizado hermosamente la grandeza de la abnegación filial.

Pero no: Roberto no procede así. Roberto entiende que ha liquidado con la sociedad, después de haber purgado su culpa (culpa suya enteramente, puesto que la acepta como tal), en varios meses de cárcel; y sólo advierte al fin, ya muy tarde, que en su comercio con la sociedad, amparado por la ignorancia del mundo, va á llegar, fatalmente, el inevitable conflicto. ¿Es posible que un hombre de tan clara inteligencia, y ya tan «corrido» y experimentado, pretenda crearse una sólida posición basada en tan deleznales cimientos?



O Roberto desea vivir como un hombre sin tacha, y no ha de conseguirlo mientras no pruebe que siempre ha sido honrado; es decir, mientras no confiese el delito de su padre, y al no hacerlo así, es natural y lógico, y hasta plausible, que el mundo se aparte de él, aunque Eugenia le ofrezca su mano, ofuscada por la pasión. Ha debido someterse á su desgracia, á la fuerza de su triste sino; resignándose á su anulación social y á sus penas todas (seguro de que podía llegar la hora en que su culpa fuera conocida) por el mismo interés y por la eficacia misma de su sacrificio y de su abnegación; pues sin tal constante martirio, sin tal continuo tormento, ¿en qué consistiría, después de todo, la grandeza de su noble conducta?

Aventúrase por un misterioso camino. Entra en el mundo y en él vive como de contrabando. No ha tenido, por lo menos, la franqueza de declarar la mercancia, y prospera y triunfa sin cesar, disculpando su proceder porque no se ha presentado aún quien le haya exigido semejante declaración. Marcha, pues, ciegamente, á un término funestísimo. Se equivoca de un modo lamentable. Y es que no ha nacido realmente para la abnegación de que se envanece tanto. Ha venido al mundo para ser el protagonista de un drama en tres actos.

¿Cómo extrañar, pues, que dé apenas un solo paso en firme? ¿Cómo extrañar que no sepa huir á tiempo del peligro seguro? ¿Cómo no comprender que asista al banquete en casa de D. Juan, cuando acaba de revelar públicamente su deshonra, deshonra efectiva y denigrante, en el número de un periódico que corre de mano en mano? Ni ¿cómo ha de sorprendernos que revele al fin el delito de su padre?

Roberto no convenció al público, y la obra no pudo triunfar en toda la línea, como deseábamos los admiradores entusiastas del Sr. Echegaray.

\* \* \*

Poco tiempo y corto espacio me quedan ya para decir algo acerca de la interpretación que el nuevo drama obtuvo.

La señorita Guerrero supo alcanzar con el papel de Eugenia un nuevo triunfo, aun no ofreciéndola aquél, sobre todo en los dos actos primeros, muy ancho campo en que lucir brillantemente sus facultades y sus inspiraciones de gran actriz, que han conseguido llegar, en ocasiones, á las más altas cimas del arte escénico. Desempeñó, no obstante, muy bien aquel simpático tipo de la joven enamorada y vehementemente; dando constantes muestras de un acertado estudio y de una intuición dramática no menos feliz. Dijo con exquisita delicadeza la preciosa escena *de la confesión*, en el acto segundo, y todo el final de éste con sentimiento muy hondo y comunicativo. Y en su gran escena del tercer acto, con Roberto, tuvo momentos de pasión hermosísimos, frases magníficas y arranques de poderoso efecto. La ovación que oyó entonces no pudo ser más justa.

El Sr. Díaz de Mendoza nunca ha estrenado un papel más importante, más difícil, ni más ingrato al mismo tiempo, que el de Roberto Pedrosa.

No diré yo que lo desempeñara anoche de un modo perfecto, como un primer actor al que nada le resta ya por aprender. Huyo siempre de exageraciones viciosas, y el Sr. Díaz de Mendoza no es tampoco, á mi entender, hombre que se pague de lisonjas vanas. Pero sí diré, porque lo siento así, que el joven y distinguidísimo artista, supo realizar con bastante fortuna la árdua empresa que el Sr. Echegaray había confiado á su estudio, á su inspiración y á su talento.

Para el Sr. García Ortega será la de ayer una noche inolvidable. El papel de Mauricio se ajusta perfectamente á sus dotes de actor, y el Sr. García Ortega lo interpretó de un modo notabilísimo.

No es posible mayor naturalidad que la suya; ni más aplomo y más dominio de la escena, en determinados instantes; ni mayor y más artística sobriedad en la expresión de las palabras, en los ademanes y en el gesto.

La Srta. Valdivia, la Sra. Domínguez, Donato Jiménez, Carsí y Mendiguchía desempeñaron otros papeles con acierto digno de aplauso.

El Sr. Cirera demostró nuevamente en el de Don Juan que es un artista muy estudioso é inteligente.

El Sr. Robles—uno de los criados—es actor del que tengo noticias excelentes. Confío, pues, en que las confirmará cuando interprete algún papel mejor que el que le ha correspondido en el reparto de *El estigma*.

La escena estuvo bien puesta y bastante bien «servida» en los tres actos. Este es un particular interesante y en el que me propongo seguir fijando la atención desde ahora muy especialmente.

C. F. SHAW.



### Diversiones públicas.

Gran éxito obtuvo anoche, en el Teatro de la Zarzuela, la obra, en un acto, de costumbres madrileñas titulada *La vuelta del Vivero*.

El libro de Fiacro Irayzoz, es muy entretenido y gustó al público desde las primeras escenas. Tiene chistes originales y oportunos. Otros son demasiado fuertes.

La música, del maestro D. Jerónimo Jiménez, es preciosísima. Se repitieron tres números, entre grandes aplausos.

También hubo manifestaciones de aprobación, muy expresivas y ruidosas, para el Sr. Muriel, que ha pintado tres decoraciones muy lindas, y para la Srta. Montes y los Sres. Rosell, Romea, Castilla y Moncayo, que se distinguieron mucho en el desempeño de la nueva obra.

Al terminar la representación, autores y artistas salieron á escena cinco ó seis veces.

La parodia del drama *Juan José*, que, con el título de *Pepito*, se estrenó anoche en el Teatro de la Comedia, hizo pasar un rato divertido á la numerosa y brillante concurrencia que llenaba por completo la sala.

Desde las primeras escenas alternaron las carcajadas y los aplausos, y al final, los autores de *Pepito*—D. Celso Lucio y D. Antonio Palomero,—alcanzaron los honores de la escena sin dificultad alguna.

Justo es decir, sin embargo, que la obrita no es tan ingeniosa ni tan original como podía esperarse del reconocido talento y la indiscutible gracia de ambos escritores.

El Sr. Balaguer interpretó el papel de Pepito con verdadera fortuna, parodiando los gestos y actitudes del Sr. Thuillier.

También merecen elogios la Srta. Suárez y el señor Pastor.

Procedente de Zaragoza, ha llegado á esta corte la hermosa *Geraldine*. Aprovechando su estancia en Madrid, la Compañía que dirige el Sr. Alegria dará varias funciones en el Circo de Parish, en todas las que tomará parte aquella artista tan querida del público madrileño.

La Empresa de Eslava, deseando estimular la afición por la buena música, ha acordado, para dentro de pocos días, resucitar la hermosa zarzuela del maestro Gaztambide titulada *Una vieja*.

Para cantar esta obra ha sido contratado el tenor Sr. Ramírez, ya conocido del público madrileño, por haber debutado en el Teatro Real durante la anterior temporada, en la ópera *Fausto*.

Con la función 27.ª de abono, termina la primera serie de la presente temporada en el Teatro Real.

Los señores abonados á diario, que solamente tienen satisfecho hasta la referida función, pueden pasar á Contaduría para renovar sus respectivos abonos, desde el día 23 del corriente, á las horas de costumbre.



## Veladas teatrales.

Español. — Sexto lunes clásico. — MARCELA Ó ¿A CUÁL DE LOS TRES?

¿Quieren saber, recordar mejor dicho mis lectores lo que significó para su tiempo, y principalmente para su autor ilustre, la famosa comedia que fué representada anoche nuevamente en nuestro clásico teatro?

Pues, recurramos al mismo Bretón. La cita es curiosa, por más de un concepto, y aunque no sea muy breve seguro estoy de que el lector me agradecerá que substituya lo que yo debía escribir sobre el asunto con palabras que escribió la pluma del fecundo y muy célebre poeta.

«Abrió el autor—decía—con esta comedia nuevo y más libre rumbo á su imaginación. Para las anteriores no había osado emplear otro metro que el romance octosílabo, por recomendarlo así autoridades muy respetables, y porque, en efecto, es el que más se adapta á la viveza y á la propiedad del diálogo. Sentía entretanto una terrible comezón de rimar; ardía en deseos de permitir á su pluma, demasiado disciplinada, lozanear un poco en el campo de la poesía.

Estudiando una y otra vez á Lope, Calderón, Tirso, Rojas, Moreto, Alarcón, envidiaba en este punto su feliz independencia, tan fecunda en primores... Constante en su fe literaria, si bien no ciego sectario de una escuela exclusiva, logró preservarse de las aberraciones en que otros incurrieran; pero hubo de entrar en cuentas consigo mismo y tantear sus fuerzas para ver si era ó no posible conciliar la pintura vigorosa de afectos y caracteres, la *vis cómica* del diálogo, la naturalidad del lenguaje, con una versificación más artificiosa, más variada y más galana, aunque no tanto que pecase de lírica y pintoresca en demasía. A medida que iba adelantando en este ensayo, observó que en los versos dialogados no le obedecía menos el *consonante* que en otras obrillas poéticas de distinto género; y que, lejos de embarazarle para que cada interlocutor dijese lo que según la situación debía decir, le ayudaba á formular de un modo más epigramático sus pensamientos, le sugería otros nuevos, daba estímulo y calor á su fantasía, y á cada momento le demostraba ser para él una verdad lo de la *rima inspiratrice*...»

\* \* \*

Dicho ya esto por lo que se refiere á la nueva fase que *Marcela* inició en la obra teatral de Bretón de los Herreros, todo lo cual es tanto más interesante cuanto que la forma literaria, con todas las excelencias de su «difícil facilidad» y todos los primores de su admirable versificación, ha sido y sigue siendo mérito especialísimo, y casi el principal, de aquellas deliciosas comedias, también será oportuno recordar ahora que la que anoche nos solazó de nuevo fué, según palabras de un crítico eminente, «la primera en el orden cronológico en que el autor redujo á práctica la integridad absoluta de su doctrina.» (Todo esto, para los verdaderos amantes de nuestro teatro, es, sin duda, de positivo interés). «*Marcela* es la fórmula exacta de su sistema estético.» Esta fórmula se reduce á lo siguiente: «Un argumento sencillo que permita la cabal, detallada y característica pintura de varios sujetos de la clase media; los caracteres de éstos no movidos por violentas pasiones, que impidan el gracejo y donaire fecundísimo de la expresión.»



Y si *Marcela* ofrece todas estas curiosidades á la crítica, que no puede por menos de ver en ella, si no la mejor, la comedia más popular de su autor famosísimo, no son para olvidados tampoco, en estas miradas que dirigimos al que llamó Zorrilla «tiempo viejo», los datos que la misma comedia, merced á las circunstancias en que nació, facilita á la crónica de una época que es interesante por tantos estilos.

Aun antes de salir del teatro, durante la noche del estreno, ya en el teatro mismo, dieron en decir los concurrentes que todas las figuras de la comedia eran no sólo verosímiles sino reales, tomadas del natural.

Ya en este punto dejemos la palabra al marqués de Molins, que nos ha referido cuanto pasó entonces, á las mil maravillas: «Los oficiales de la Guardia Real, dijo, se empeñaron en que el locuaz capitán D. Martín Campana y Centellas era el trasunto de un brillante y discreto oficial de Artillería de la misma Guardia; fecundo, eso sí, tanto que entonces amenizaba todos los salones y que, andando el tiempo, hizo sentir el influjo de su palabra fácil y elocuente en Liceos, Academias, Congresos y Gabinetes. (D. Patricio de la Escosura). Aun hubo quien quiso echar la cosa á mala parte, pero sin conseguirlo, porque la pintura no es ofensiva ni mucho menos, y porque el supuesto modelo era además fraternal amigo del poeta. No llegó á tanto, ni eran muchos los que conocían á don Amadeo Tristán del Valle, el taciturno y amartelado poeta, pero decían los que se daban por enterados, que era otro noble y caballeroso capitán de Caballería, dado siempre con buen éxito al culto de las musas, y entonces, por su edad, al de las bellas; y que luego, andando el tiempo, llegó justamente á los altísimos grados de la jerarquía militar, social y literaria. (El conde de Cheste).

Menos eran los que afirmaban que cierto joven muy introducido, por su afable carácter y grata educación social, con las damas, pero que era antipático á Bretón, francote y natural de suyo, había servido á éste de modelo para pintar al goloso D. Agapito Cabriola y Bizcochea, más bien agravando que favoreciendo al sujeto. (D. Andrés Avelino Clemencín, hijo del erudito.)

D. Timoteo era también sacado de un capitán (el capitán Morales), dado, como el barba de la comedia, al uso de los sinónimos y á la cría de canarios, ya que no á la de palomas.

Y de aquella bellísima *Marcela* (aún hubo quien quiso que fuese retrato de la Srta. D.<sup>a</sup> M. Rives, hija del célebre cirujano), á quien sus amantes llaman *frívola, falsa, coqueta*, porque daba *buenas palabras á todos, su corazón á ninguno*, no hay que decir sino

que todos conocían perfectamente el original, y marcaban las señas de su habitación; pero como daba cada cual nombre distinto, y las señas comprendían muchas calles, y todos lo decían en voz baja, parece justo guardar el secreto.»

Guardado quede por nuestra parte también.

Tuvo *Marcela* para su estreno—en el Teatro del Príncipe, el 30 de Diciembre de 1831—un excelente reparto.

Concepción Rodríguez interpretó el papel de la protagonista; la González, el de *Juliana*; Antonio de Guzmán, el de *Don Timoteo*; Carlos Latorre, el de *Don Martín*; Mate, el de *Don Amadeo*, y Valero el *Don Agapito*.

Tampoco fué malo, ni mucho menos, el que anoche cupo en suerte á la comedia de Bretón. La Srta. Guerrero, la Srta. Valdivia, el Sr. Carsí, el Sr. Díaz de Mendoza, el Sr. Mendiguchía y el Sr. García Ortega, desempeñaron, respectivamente, los mismos papeles, con sumo acierto, y con un buen deseo y un primor verdaderamente plausibles. Bien se conocía el cuidado que la dirección artística ha puesto en los ensayos de la obra, para el más acabado conjunto de la representación.

La escena aparecía como un «interior» de la época, presentado con propiedad hasta en los pormenores más pequeños. Y todos los artistas, cada cual á su manera, y según el personaje á que daba vida, vistieron trajes copiados fielmente de los figurines del año 30.

La Srta. Guerrero, con precioso vestido claro, de moderado escote, y con peinado de perifollos y grandes cocas, y el Sr. Díaz de Mendoza luciendo un elegante y muy vistoso uniforme llamaron la atención del público especialmente.

La representación no despertó en la concurrencia vivas corrientes de entusiasmo. Era natural. Pero todos los espectadores pasaron, sin duda, una velada muy entretenida y agradable.



I  
ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO

JORNADA SEGUNDA.—ESCENA PRIMERA  
DON PEDRO Y CABELLERA

Don Pedro.

Era del claro Julio ardiente día.  
Manzanares al soto presidía,  
y en clase, que la arena ha fabricado,  
lecciones de cristal dictaba al prado,  
cuando al morir la luz del sol ardiente,  
solicito bañarme en su corriente;  
en un caballo sendas examino  
y á la Casa del Campo me destino.  
Llego á su verde falda,  
elijo fértil sitio de esmeralda,  
del caballo me apeo,  
creo la amenidad, el cristal creo  
y apenas con pereza diligente  
la templanza averiguo á la corriente,  
cuando alegres también como veloces,  
á un lado escucho femeniles voces.  
Gufo á la voz los ojos prevenido,  
y solo la logré con el oído;  
piso por las orillas, y tan quedo,  
que pensé que pisaba con el miedo:  
mas la voz me encamina y más me llama,  
voy apartando la una y otra rama,  
y en el tibio cristal de la ribera  
á una deidad hallé de esta manera:  
Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,  
fuera el rostro y en roscas el cabello;  
deshonesto el cristal que la gozaba,  
de vanidad al soto la enseñaba;  
mas si de amante el soto la quería,  
por gozársela él todo, la cubría.  
Quisieron mis deseos diligentes  
verla por los cristales transparentes,  
y al dedicar mis ojos á mi pena,  
estaba al movimiento de la arena,  
ciego ó turbio el cristal; y dije luego:  
«¿quién con esta deidad no ha de estar ciego?»  
Turbio el cristal estaba,  
y cuanto más la arena le enturbiaba,  
mejor la ví, que al no ver la corriente,  
sólo era su deidad lo transparente;  
no él río, que al gozar tanta hermosura,  
él es quien se bañaba en su blancura.  
Cubría, para ser segundo velo,  
túnica de Cambray todo su cielo,  
y sólo un pie movía el cristal blando;  
sin duda imaginó que iba pisando;  
pero cuando sin verse se mostraba,

un plumaje del agua levantaba,  
del curso propio con que se movía;  
viale entre el cristal, y no le vía,  
que distinguir no supo mi albedrío  
ni cuándo era su pie, ni cuándo el río.  
Procuraban ladrones mis enojos  
robar sus perfecciones con los ojos,  
cuando en pie se levanta toda hielos;  
cubre el cristal lo que descubre el velo;  
recátome en las ramas dilatadas,  
prevenidas la esperan sus criadas;  
dícenla todas que á la orilla pase,  
y nada se dejó que yo robase;  
y, en fin, al recogerla,  
tiritando salió perla con perla;  
y yo dije abrasado:  
«¡Oh, qué bien me parece el fuego helado!»  
Sale á la orilla, donde verla creo,  
pónenseme delante y no la veo;  
enjégala el halago prevenido  
la nieve que ella había derretido;  
cuando un toro, con ira y osadía  
(que era día de fiestas este día)  
desciende de Madrid al río; y luego  
más irritado, sí, que no más ciego,  
quiere, cruel é impío,  
de coraje beberse todo el río;  
bebe la blanca nieve,  
bebe más, y su misma sangre bebe.  
El pecho, pues, herido; el cuello roto,  
parte á vengar su injuria por el soto,  
las cortinas de ramas desabrocha,  
sacude con la cox á la garrocha.

LA EPOCA. Lunes 21 de Octubre de 1895

100  
-93-



y á mi hermosa deidad vencer procura,  
 que se quiso estrenar en la hermosura.  
 Huyen, pues, sus criadas con recelo,  
 y ella se honesta con segundo velo;  
 que aunque el temor la halló desprevenida,  
 quiso más el recato que la vida.  
 Yo, que miro irritarse el toro airado,  
 de amor y de piedad á un tiempo armado,  
 indigno la pasión, librarla espero,  
 y dándole advertencias al acero,  
 (osadía y pasión á un tiempo junta)  
 el corazón le paso con la punta,  
 con tan felice suerte,  
 que ni un bramido le costó la muerte.  
 Conoce que á mi amor debe la vida,  
 honestamente la hallo agradecida;  
 menos, viéndola más, mi amor mitigo,  
 entra dentro del coche, y yo la sigo;  
 cierra luego la noche:  
 entre otros, con lo oscuro, pierdo el coche;  
 búscala y no la encuentra mi cuidado;  
 vóyeme á Toledo, donde enamorado  
 le dije mis finezas con enojos  
 á aquel retrato que copié en los ojos.  
 Quéjome sólo al viento;  
 procúrame mi primo un casamiento;  
 la ejecución de sus preceptos huyo;  
 voy á Madrid á efectuar el suyo;  
 vuelvo con Isabel (nunca volviera),  
 cubre el rostro Isabel (nunca le viera),  
 pues dice mi esperanza, hoy más perdida,  
 que es Isabel á la que dí la vida;  
 por valor ó por suerte,  
 que es Isabel la que me da la muerte.  
 Y, en fin, amante, sí, y no satisfecho,  
 de la sombra esta noche me aprovecho;  
 á vengar con mis voces este agravio,  
 salga esta calentura por el labio;  
 sepa Isabel de mi cruel tormento,  
 asusten mis suspiros todo el viento;  
 sean. ahora que Isabel me deja,  
 intérpretes mis voces de mi queja;  
 suceda todo un mal á todo un daño,  
 válgame un riesgo todo un desengaño;  
 ahora la he de hablar, verla porfio,  
 déjame que use bien de mi alberio;  
 deja que á hablarla llegue,  
 para que esta tormenta se sosiegue;  
 déjame que la obligue,  
 para que este cuidado se mitigue,  
 y porque al referir pena tan fiera,  
 mi gloria dure y mi tormento muera.

ROJAS ZORRILLA

**Lunes 25 de Noviembre**

**LOS LUNES CLASICOS DEL ESPAÑOL**

VI

**Marcela, ó ¿á cuál de los tres?**

ACTO II.—ESCENA V

D. MARTIN (*refiriéndose á D. Timoteo*). ¡Malditos sean  
 sus sinónimos eternos!  
 Hay hombres de los infiernos  
 que cuando hablan aporrean.  
 No acabara en quince días  
 á no hacerle yo acostar.  
 Y vuelta á su palomar,  
 y torna á sus profecías  
 y retorna al nacimiento...  
 ¡Digo! ¡Pues tenía traza  
 de dejarme meter baza!  
 ¡Oh, qué hablador tan sangriento!  
 Aquello era por demás.  
 Hija, ¡qué nube, qué nube!  
 Intención mil veces tuve  
 de enviarle á Satanás,  
 No lo puedo resistir,  
 me desesperan, me endiablan  
 esos que hablan, y hablan y hablan  
 sin respirar ni escupir.  
 Sirve en mi cuerpo un alferez  
 que es hablador furibundo  
 y se llama D. Facundo



Valentín Pérez y Pérez.  
 No hay poder hablar con él.  
 ¡Sí! ¡Sí! Facilito es eso.  
 En soltando la sin hueso  
 á ninguno da cuartel.  
 Un día se puso á hablar  
 conmigo; yo le quería  
 interrumpir. ¡Bóberia!  
 Sintió que iba á estornudar.  
 En tan crítico momento,  
 ¿qué hace? La boca me tapa,  
 el estornudo se escapa,  
 y prosigue con su cuento.  
 ¡Digo! Esto es ser hablador.  
 Pues con tanta algarabía  
 por cartujo pasaría  
 al lado de este señor.  
 Es mucha, mucha crueldad.  
 ¡Válgame Dios, qué carcoma!  
 No lo tome usted á broma;  
 eso es una enfermedad.  
 Vamos; aún me dan sudores.  
 ¡Qué suplicio! ¡Qué agonía!  
 ¡Jesús! ¡Mala pulmonía  
 en todos los habladores!  
**MARCEL.** ¡Cuenta con la maldición!  
**D. MAR.** Pues qué ¿me puede alcanzar?  
**MARCEL.** No, á usted no, que es para hablar  
 la suma moderación.  
 .....  
 .....  
 BRETON DE LOS HERREROS.

### Lunes 28 de Octubre de 1895

#### LOS LUNES CLÁSICOS DEL ESPAÑOL

II

CASA CON DOS PUERTAS... MALA ES DE GUARDAR

JORNADA I, ESCENA X

.....  
**D. FÉLIX.** Negarte que yo he querido,  
 Laura, á Nise, fuera error;  
 mas pensar tú que este amor  
 es como el que te he tenido,  
 mayor error, Laura, ha sido;  
 pues si á Nise un tiempo amé,  
 no fué amor, ensayo fué  
 de amar tu luz singular,  
 que, para saber amar  
 á Laura, en Nise estudié.

**LAURA.** A ciencias de voluntad  
 las hace el estudio agravio,  
 pues amor, para ser sabio,  
 no va á la Universidad;  
 porque es de tal calidad,  
 que tiene sus libros llenos  
 de errores propios y ajenos;  
 y así en su ciencia verás  
 que los que la cursan más  
 son los que la saben menos.

**D. FÉLIX.** Pues explíqueme mejor  
 otro ejemplo: nace ciego  
 un hombre, y discurre luego  
 cómo será el resplandor  
 del sol, planeta mayor,  
 que rumbos de zafir gira;  
 y cuando por fe le admira  
 cobra en una noche bella  
 la vista, y es una estrella  
 la primer cosa que mira.  
 Admirando el tornasol  
 de la estrella, dice: «Sí,  
 este es el sol; que yo así  
 tengo imaginado al sol»;  
 pero, cuando su arrebol  
 tanta admiración le ofrece,  
 sale el sol y le oscurece.  
 Pregunto yo, ¿ofenderá  
 una estrella que se va,  
 á todo un sol que amanece?  
 Yo así, que ciego vivía  
 de amor, cuando no te amaba,  
 como ciego imaginaba  
 cómo aquel amor sería.  
 Adoraba lo que vía,  
 presumiendo que era así  
 el amor; mas ¡ay de mí!  
 que no ví al sol, ví una estrella,  
 y entretúveme con ella  
 hasta que el sol mismo ví.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



LAURA. Eso no; pues si me doy  
 por entendida contigo,  
 que Nise fué mi sol digo,  
 y que yo su estrella soy.  
 Pruébolo: pues si yo estoy  
 contigo la noche fría,  
 y ella de día te envía  
 á llamar, y estás con ella,  
 ¿quién será el sol ó la estrella?  
 ¿Cuya es la noche ó el día?

CALDERÓN DE LA BARCA.

LA EPOCA. Lunes 11 de Noviembre de 1895

LOS LUNES CLÁSICOS DEL ESPAÑOL

LA DAMA BOBA

IV

Acto II.—Escena XV.

LAURENCIO FINEA (1).

LAURENCIO. (*A parte*). (Detente en un punto firme,  
 fortuna véloz y airada,  
 que ya parece que quieres  
 ayudar mi pretensión!  
 ¡Oh, qué gallarda ocasión!  
 ¿Eres tú mi bien?

FINEA. No esperes,  
 Laurencio, verme jamás.  
 Todos me riñen por ti.

LAURENCIO. Pues ¿qué te han dicho de mí?

FINEA. Eso agora lo sabrás.  
 ¿Dónde está mi pensamiento?

LAURENCIO. ¿Tu pensamiento?

FINEA. Sí.

LAURENCIO. En ti;  
 porque si estuviera en mí  
 yo estuviera más contento.  
 ¿Vesle tú?

FINEA. Yo no; jamás.

FINEA. Mi hermana no ha dicho aquí  
 que no has de pasarme á mí  
 por el pensamiento más.  
 Por eso allá te desvía,  
 y no me pases por él.

LAURENCIO. Piensa que ya estoy en él  
 y echarme fuera querría.

FINEA. También me ha dicho que en mí  
 pusiste los ojos.

LAURENCIO. Dice  
 verdad; no lo contradice  
 el alma, que vive en ti.

FINEA. Pues tú me has de quitar luego  
 los ojos que me pusiste.

LAURENCIO. ¿Cómo, si en amor consiste?

FINEA. Que me los quites te ruego  
 con ese lienzo de aquí,  
 si yo los tengo en mis ojos.

LAURENCIO. No más, cesen los enojos.  
 (*Pónale el lienzo en los ojos.*)

FINEA. ¿Están en mis ojos?

LAURENCIO. Sí.

FINEA. Pues quita luego los tuyos,  
 que no han de estar en los míos.

LAURENCIO. (*A parte.*)  
 ¡Qué graciosos desvaríos!

FINEA. Pónlos á Nise en los suyos.

LAURENCIO. ¿Llevástelos en el lienzo?

FINEA. Sí, señora; ¿no los ves?

LAURENCIO. Laurencio, no se los des,  
 que á sentir penas comienzo.  
 Pues más hay, que el padre mío  
 bravamente se ha enojado  
 del abrazo que me has dado.

LAURENCIO. Mas ¿que hay otro desvarío?

FINEA. También me lo has de quitar;  
 no me ha de reñir por esto.

LAURENCIO. ¿Cómo ha de ser?

FINEA. Siendo presto.

LAURENCIO. ¿No sabrás desabrazar?

FINEA. El brazo derecho alcé  
 entonces, muy bien me acuerdo,



ahora alzaré el izquierdo,  
y el abrazo desharé. (Abrazala.)

FINEA. ¡Estoy ya desabrazada?  
LAURENCIO. Pues ¿no lo ves?

ESCENA XVI

NISE (2) DICHIOS

NISE. ¡Oh! ¡Qué bien!  
FINEA. Huélgome, Nise, también;  
que ya no me dirás nada.  
Ya Laurencio no me pasa  
por el pensamiento á mi;  
ya los ojos le volvi  
pues que contigo se casa.  
En el lienzo los llevó  
y ya me ha desabrazado.

LAURENCIO. (Aparte á Nise).  
Tú sabrás lo que ha pasado  
con harta risa.

NISE. (Aparte á Laurencio). Aquí no.  
(Alto). Vamos los dos al jardín;  
que tengo bien que riñamos.

LAURENCIO. Donde tú quisieres vamos.  
(Vanse Nise y Laurencio).

ESCENA XVII

FINEA

Ella se le lleva al fin.  
¿Qué es esto que me da pena  
de que se vaya con él?  
Estoy por irme tras él.  
¿Qué es esto que me enajena  
de mi propia voluntad?  
No me hallo sin Laurencio.  
Mi padre viene; silencio.  
Callad, lengua; ojos hablad.

LOPE DE VEGA.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.